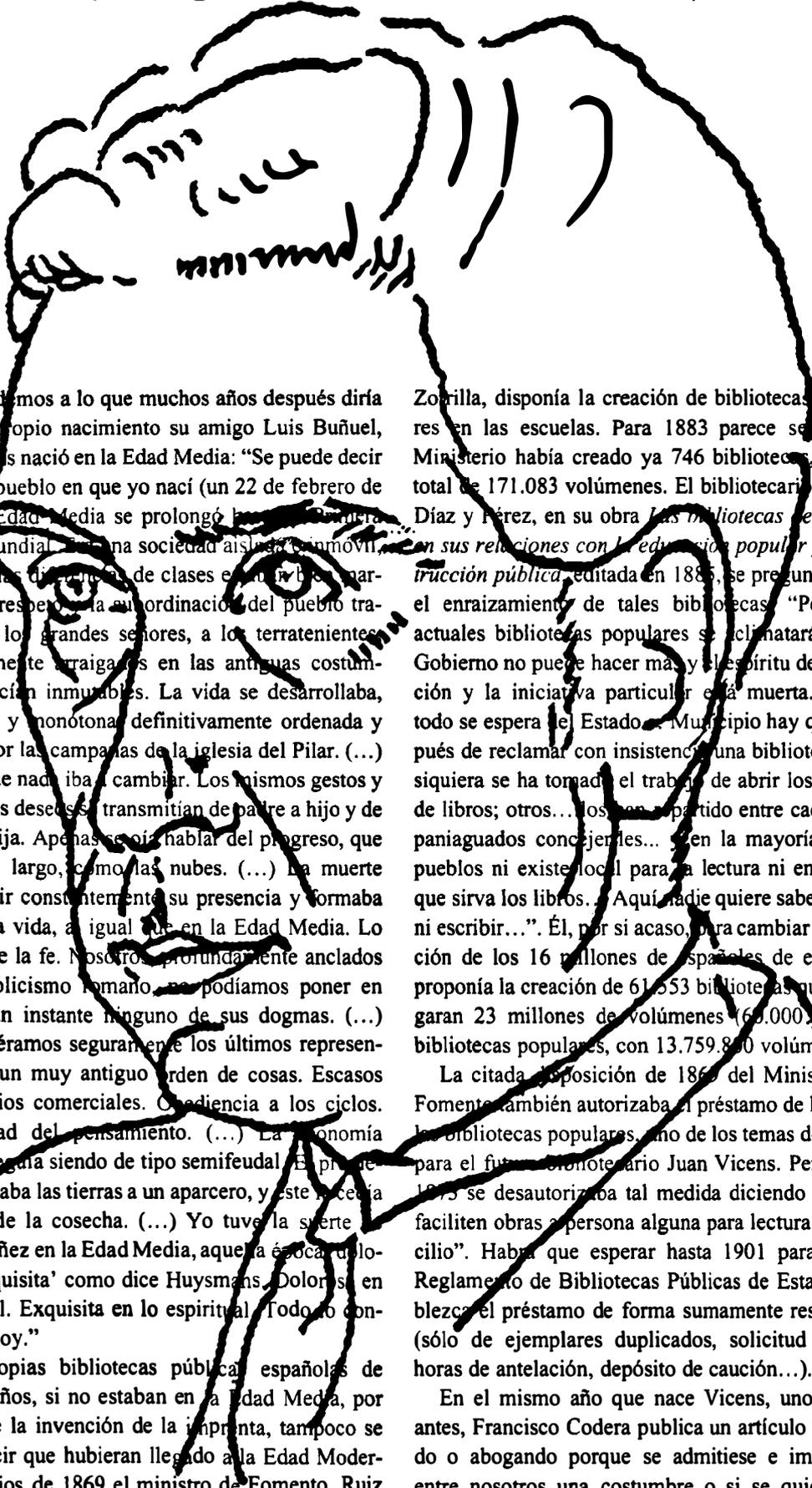


La larga marcha de Juan Vicens

(Zaragoza, 1895 - Pekín, 1958)



Si atendemos a lo que muchos años después diría sobre su propio nacimiento su amigo Luis Buñuel, Juan Vicens nació en la Edad Media: "Se puede decir que en el pueblo en que yo nací (un 22 de febrero de 1900) la Edad Media se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. Era una sociedad aislada, inmóvil, en la que las diferencias de clases eran muy marcadas. El respeto a la autoridad del pueblo trabajador a los grandes señores, a los terratenientes, profundamente arraigados en las antiguas costumbres, parecían inmutables. La vida se desarrollaba, horizontal y monótona, definitivamente ordenada y dirigida por las campañas de la iglesia del Pilar. (...) Parecía que nada iba a cambiar. Los mismos gestos y los mismos deseos se transmitían de padre a hijo y de madre a hija. Apenas se oía hablar del progreso, que pasaba de largo, como las nubes. (...) La muerte hacía sentir constantemente su presencia y formaba parte de la vida, a igual que en la Edad Media. Lo mismo que la fe. Nosotros, profundamente anclados en el catolicismo romano, no podíamos poner en duda ni un instante ninguno de sus dogmas. (...) Nosotros éramos seguramente los últimos representantes de un muy antiguo orden de cosas. Escasos intercambios comerciales. Obediencia a los ciclos. Inmovilidad del pensamiento. (...) La economía agrícola seguía siendo de tipo semifeudal. El propietario confiaba las tierras a un aparcerero, y este le cedía la mitad de la cosecha. (...) Yo tuve la suerte de pasar la niñez en la Edad Media, aquella época 'dolorosa y exquisita' como dice Huysmans. Dolorosa en lo material. Exquisita en lo espiritual. Todo lo contrario de hoy."

Las propias bibliotecas públicas españolas de aquellos años, si no estaban en la Edad Media, por aquello de la invención de la imprenta, tampoco se podría decir que hubieran llegado a la Edad Moderna. A inicios de 1869 el ministro de Fomento, Ruiz

Zorrilla, disponía la creación de bibliotecas populares en las escuelas. Para 1883 parece ser que el Ministerio había creado ya 746 bibliotecas, con un total de 171.083 volúmenes. El bibliotecario Nicolás Díaz y Pérez, en su obra *Las bibliotecas de España en sus relaciones con la educación popular y la instrucción pública*, editada en 1885, se preguntaba por el enraizamiento de tales bibliotecas: "Pero ¿las actuales bibliotecas populares se aclimatarán?... el Gobierno no puede hacer más, y el espíritu de asociación y la iniciativa particular está muerta... Aquí todo se espera del Estado. En el Municipio hay que, después de reclamar con insistencia una biblioteca... ni siquiera se ha tomado el trabajo de abrir los cajones de libros; otros... los han repartido entre caciques y paniaguados concejales... En la mayoría de los pueblos ni existe local para la lectura ni encargado que sirva los libros... Aquí nadie quiere saber ni leer ni escribir...". Él, por si acaso, para cambiar la situación de los 16 millones de españoles de entonces, proponía la creación de 61.553 bibliotecas que albergaran 23 millones de volúmenes (66.000 de ellas bibliotecas populares, con 13.759.800 volúmenes).

La citada disposición de 1869 del Ministerio de Fomento también autorizaba el préstamo de libros en las bibliotecas populares, uno de los temas de batalla para el futuro bibliotecario Juan Vicens. Pero ya en 1873 se desautorizaba tal medida diciendo que "no faciliten obras a persona alguna para lectura a domicilio". Había que esperar hasta 1901 para que el Reglamento de Bibliotecas Públicas de Estado estableciera el préstamo de forma sumamente restringida (sólo de ejemplares duplicados, solicitud con 48 horas de antelación, depósito de caución...).

En el mismo año que nace Vicens, unos meses antes, Francisco Codera publica un artículo "pidiendo o abogando porque se admitiese e implantase entre nosotros una costumbre o si se quiere, una

moda, que desde mitad del siglo (...) se ha ido introduciendo en Europa y América; a saber, la de prestar a domicilio los libros de las bibliotecas públicas". Ocho años después, en un nuevo artículo, Codera reconoce que "nuestra voz, naturalmente, se perdió en el vacío, y creemos que no dio más resultado que el de que alguno aplaudiese la idea y nos felicitase por su emisión".

Juan Vicens de la Llave nace en Zaragoza el 26 de agosto de 1895. Su madre muere en el parto y su padre cuando Juan tiene cinco años. A cargo de un tutor, hereda un capital considerable que va a marcar su estilo de vida hasta la madurez. Su padre había sido ingeniero de minas y director de las importantes minas de Ojos Negros en Teruel. Toda la familia quiso que también Juan fuera ingeniero. María Luisa González, su futura mujer, recordará ochenta años después esa época de su marido: "Le mandaron a Madrid, a especializarse en matemáticas, que las tenía flojas. Entonces no estaba en la Residencia de Estudiantes, sino en una casa de huéspedes, y lo pasó horrible. Y dijo: 'aquí no estoy, me marchó', y volvió a Zaragoza, y allí estuvo con Rafael Sánchez Ventura, y lo conoció bastante. Ellos dos hicieron Filosofía y Letras, sección de Historia. El profesor de Historia los quería mucho porque eran chicos que estaban mejor preparados. Mi marido sabía inglés, francés, había viajado, y estaba muy por encima de los pobres alumnos de aquella época". Esos viajes, a los que se refiere María Luisa, fueron por Inglaterra y Suiza, de donde Vicens importaría una serie de hábitos que lo destacarían entre sus coetáneos: su deslumbramiento por el fútbol, su afición por el naturismo, su costumbre de fumar tabaco inglés y, en especial, su hábito de tomar té que, posteriormente, expandiría entre sus amigos de la Residencia de Estudiantes y del que algún dibujo dejaría García Lorca. De esos años, Pepín Bello contaría una sorprendente anécdota en el homenaje que en 1999 se tributó a Vicens y María Luisa González en la Residencia de Estudiantes: "Juan era enormemente andarín y excursionista; andaba como un gamo. Lo había aprendido en su Zaragoza natal y después en Suiza. Y aquí lo siguió realizando. Íbamos a la sierra y había que agarrarse para ir con él, porque cogía un paso que no había dios que lo siguiera. Pero, en fin, la amistad lo puede todo y era hombre de nuestra confianza, uno más del grupo. Él, con otro amigo de Zaragoza de su misma edad, Rafael Sánchez Ventura, que no estuvo nunca en la Residencia, pero que fue amigo de todos los residentes, hacía unas excursiones increíbles por Pirineos todos los veranos. Salían de Zaragoza en tren y llegaban a Huesca. Allí se ponían en contacto conmigo, generalmente, y con el pobre Ramón Acín, el pintor de tan desastrado

final. Desde Huesca, ya a pie, se iban al Pirineo y se estaban un mes o más andando. Iban vestidos de un modo muy arbitrario, entonces mucho más llamativo que ahora: de pantalón corto, con alpargatas piñoneras, una camisa arbitraria también y unos enormes morrales donde llevaban de todo lo divino y lo humano, por lo pronto la tetera para hacer té, y luego las mudas y tal. Empezaban la excursión en Huesca y se recorrían toda la provincia, durmiendo –entonces no había ni hoteles ni posadas en la mayor parte de los sitios– en los pajares, a veces en una cama. En estos viajes descubrieron –que no se ha dicho, que está inédito– una serie de ermitas pre-románicas al sur de Jaca, interesantísimas, que no las habían visto nadie y nadie los ha nombrado a ellos por eso. Yo he visto después las explicaciones de un canónigo de la catedral de Huesca que habla de ello, guardándose muy bien de nombrarlos. En un momento se le escapa el nombre de Rafael Sánchez Ventura, pero de Juan Vicens no dice nada. (...) En ese andar constante por la provincia de Huesca, de pueblo en pueblo, llegan a una aldea –eran unas aldeas pobrísimas y pequeñísimas– y no encontraron sitio para dormir. Preguntaron si alguien tenía un pajar, y nada. Y vino ahí un señor con cierto aspecto hidalgo, pobre, y dijo: 'Vengan ustedes a mi casa'. Y con gran sorpresa de Vicens y Ventura, tenía una casa bastante apañada. Era un hidalgo modestísimo, mucho más que don Quijote, pero los invitó a cenar en su mesa. Una mesa muy bien puesta, con un mantel de hilo y con unos detalles de vajilla y algunos cacharros de cierto valor encima de la mesa, dentro de la modestia. El hombre supo mantener una conversación de cierto tono. En esa velada les dijo: 'Esta llegada de ustedes me recuerda que mi bisabuelo –creo que era su bisabuelo– también en unas condiciones parecidas a ustedes recibió a dos viajeros, un señor y su criado, que venían y no tenían donde dormir y mi bisabuelo les invitó a venir a casa. Mañana, antes de que se vayan a primera hora de la mañana, les enseñaré a ustedes el regalo que hizo a mi bisabuelo, un retrato, una miniatura'. Al día siguiente, al despedirlos y mostrarles la miniatura, Vicens y Ventura dieron un brinco, porque aquel señor era Lord Byron. Además, detrás, en el marco de plata, tenía las iniciales. Era Lord Byron. Yo he leído varias biografías de Lord Byron y no he leído en ninguna que estuviera por el Pirineo. Pero Juan Vicens era una persona incapaz de mentir, era el hombre más veraz que he conocido en mi vida y, por supuesto, tampoco yo les engaño a ustedes."

María Luisa González nació el 24 de agosto de 1900 en Medina de Pomar (Burgos), hija de un farmacéutico de Zaragoza, gran lector y poseedor de una estupenda biblioteca, y nieta de un hombre de

nombre sorprendente: Gonzalo González de la Gonzalera. Huérfana de padre a los seis años y de madre a los diez, se traslada a Soria a cursar el bachillerato, donde vive su hermana mayor Ernestina. Las dos hermanas se trasladan a Salamanca con el objeto de que María Luisa ingrese en la universidad. Pero para una mujer no era fácil en la España de la segunda década del siglo XX. Algo de eso debía de saber Emilia Pardo Bazán, primera profesora catedrática de Literatura Española, gran conocedora de la materia, pero a la que boicoteaban y nadie acudía a sus clases por el hecho de ser mujer. La Edad Media que decía Buñuel todavía estaba bien presente. Cuando María Luisa González solicita una beca para estudiar en la Universidad de Salamanca, se topa con la oposición de aquellos que predicaban que las becas sólo están destinadas para los hombres. Pardo Bazán salió en apoyo de María Luisa, “me defendió en el *ABC* y el ministro, que era Burell, cuando ya estaba toda la sala de actos llena de curas que habían ido allí, el tribunal, y yo al lado de mi hermana esperando, leí un telegrama diciendo al tribunal ‘admitase a opositor a doña María Luisa González’ y gané la beca”.

Pero no finalizaron ahí los problemas para esta pionera que sería la primera mujer admitida en la universidad salmantina. Así lo recuerda su hijo Manuel Vicens: “En los primeros días que acudía a clase se reunían en la escalinata hileras de machos para silbarle y decirle groserías. Unamuno le agarró de la mano, se la llevó a su casa. Vivió dos años en casa de Unamuno e iba a la Universidad de su mano y regresaban juntos”. A partir de ese momento se forjó la amistad, mantenida hasta el día de hoy, entre las familias Unamuno y Vicens-González. De hecho, cuando estalla la guerra civil, María Luisa reside en casa de Unamuno. Al huir a Francia, Unamuno le dio una carta denunciando “el imperio de la barbarie y el asesinato de la cultura” para que la publicara, y ella se la aprendió de memoria. Unamuno muere a los pocos días.

En 1921, acabados sus estudios de Filosofía y Letras, se traslada a Madrid a preparar las oposiciones para el cuerpo facultativo de Bibliotecas, Archivos y Museos. Hasta 1926 se alojará en la Residencia de Estudiantes de señoritas, primero, y en el Instituto Internacional de la calle Miguel Ángel, casi todo el tiempo. Todas las mañanas acude al Archivo Histórico Nacional a leer documentos en español y en latín de los siglos XIV y XV. Juan Larrea, entonces Secretario General del Archivo Histórico Nacional, responderá a las dudas y dificultades con que se encuentra María Luisa en sus lecturas. “También Moreno Villa me ayudó mucho en Museos, porque íbamos a su habitación en la Residencia, me ponía una lámina y me decía: ‘¿de qué época es esto?’ Y

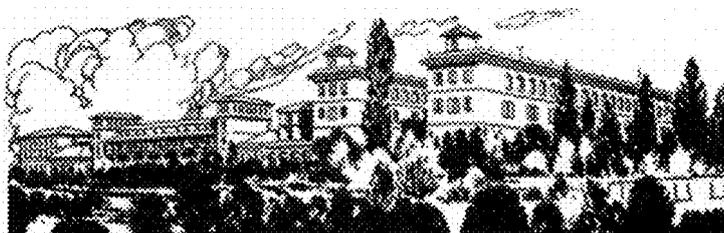
me corregía. Era un hombre que valía mucho, muy culto, un gran traductor de alemán, también francés e inglés. En aquella época en España no había gente que supiera tantos idiomas”. José Moreno Villa (autor del retrato de Vicens que ilustra la portada de esta revista), que también había opositado a Archivos, Bibliotecas y Museos, dejó un testimonio en su autobiografía del espíritu que alimentaba a muchas bibliotecas españolas de los primeros años veinte: “Inicié con gran celo mi carrera de bibliotecario. Abrí la biblioteca del Instituto Jovellanos [de Gijón], dejé entrar a los estudiantes y les serví los libros. El viejo erudito jovellanista Don Julio Somoza vino en seguida a conocerme y se mostró contrario a mis medidas.

“Lo que debe usted hacer es cerrar la biblioteca, porque lo que hay en ella no es para chicos. Son los libros y los papeles de Jovellanos y alguna basura moderna comprada por su antecesor de usted. Este es un templo donde no deben entrar más que usted y yo. Ni a los profesores se les debe dar beligerancia. Hace años, uno de ellos se llevó a su casa un montón de papeles del fundador, se murió sin devolverlos y todavía siguen en manos de la familia, que pretende venderlos a un inglés.

No le hice caso al bueno pero fanático jovellanista en lo de impedir la lectura a los estudiantes, pero escribí a la familia que atesoraba lo que no era suyo, diciéndole que por orden de la autoridad del Cuerpo de Archivos y Bibliotecas tenía la misión de recobrar los papeles. La familia debió de asustarse y me los entregó a los pocos días. Yo mandé hacer una vitrina especial y los coloqué como quien coloca un tesoro reconquistado”.

Residencia de Estudiantes

En el último tercio del siglo XIX surge en España la primera institución educativa laica: la Institución Libre de Enseñanza. La Residencia de Estudiantes será uno de sus centros docentes, un internado por donde pasará gran parte del mundo intelectual y artístico del primer tercio del siglo XX. El modelo de la Residencia se fundamenta en buena parte en la



Vista panorámica de la Residencia de Estudiantes. Dibujo de Marco. *Hesidencia*, año 1, nº 1, 1926

PUBLICIDAD

universidad inglesa: observación y experimentación, comprensión, pluralidad de intereses, deportes y otras actividades culturales, además de adquisición de conocimientos. Lugar de encuentro interdisciplinar, contaba con unas 150 plazas y por ella pasarían unos 900 estudiantes. Allí ejecutarían sus conciertos Ravel, Poulenc, Turina, Manuel de Falla, y como conferenciantes acudieron, entre otros muchos, Einstein (con Ortega de presentador y traductor simultáneo), Marie Curie, H.G. Wells, Valéry, Chesterton, Aragon, Marinetti, R. Tagore, Keynes y Le Corbusier. Estos nombres nos señalan una de las características de la Residencia, la búsqueda de un equilibrio entre las ciencias y las letras. Alguno de los cinco laboratorios con que contaba estaba a cargo del doctor Juan Negrín y allí se formarían Severo Ochoa y Francisco Grande Covián.

Entre los años 1922 y 1925 coinciden en Madrid, en la misma Residencia de Estudiantes, tres jóvenes que marcarán la cultura española del siglo: Luis Buñuel (que había ingresado en 1917), Federico García Lorca (que lo había hecho en 1919) y Salvador Dalí. Es en ese momento cuando Juan Vicens ingresa en la Residencia. Y allí intimará con jóvenes y menos jóvenes que luego serán sus amigos. Así dejará constancia García Lorca cuando en una entrevista de finales de 1928 le pregunten por sus amigos en la Residencia: "Dalí, Buñuel, Sánchez Ventura, Vicens, Pepín Bello, Prados y tantos otros". La habitación individual costaba siete pesetas al día y cuatro pesetas la doble. Vicens, por supuesto, tenía habitación individual. Una habitación decorada con numerosos aperos comprados en el Rastro y punto clave en las reuniones de los amigos. "Mi marido llegó a la Residencia un poco más tarde que nosotros, cuando ya nuestro grupo estaba formado. Se juntó enseguida a este grupo y venía con nosotros muchas veces a la excursión. Como era muy serio yo dije: 'no, si viene este hombre yo no voy con vosotros. Porque hacemos nosotros el ridículo, pero él se calla'. Y todos: 'Ja, ja, ja, no te apures, que no pasa nada'. Y así empezó a conocernos". Buñuel también ha dejado testimonio del Juan Vicens residente: "Era la época en que Vicens quería convertirme a la teosofía. (...) Entre los amigos, en el grupo de la Residencia, estábamos divididos entre los vegetarianos, que seguían a Vicens, el cual era naturista extremista, y los que estaban conmigo, que éramos alcohólicos. Les gastábamos unas bromas bastante feroces sobre todo con el té. Porque se pasaban el día bebiendo té". "Tú también —responde Max Aub— tuviste tu época vegetariana de rábanos y lechugas". "Sí, es verdad, fue la influencia de Vicens, por el 19 o el 20. Vicens era vegetariano, masón y teósofo. Una vez quiso hacerme ingresar en una logia. A mí me parecía muy bien.



Dalí, María Luisa González, Buñuel, Vicens, Hinojosa, Sentaïo, Moreno Villa. Toledo, 1924

A mí todas esas cosas de tipo romántico me entusiasman. Era una logia que se llamaba *Fuerza Numantina*. Entramos e hicimos los toques, pero cuando vio mi cédula, dijo que no podía ser, que tenía 20 años y que se necesitaba tener 21 para ingresar".

París era una fiesta

En 1925 tanto Buñuel como Vicens llegan a París. Ninguno de los dos tiene ni la más remota idea de lo que va a ser de ellos. Los dos, 25 y 30 años respectivamente, adinerados. Época de grandes farras, de las que quedan numerosos testimonios. Buñuel: "Andábamos de tasca en tasca o de cabaret en cabaret con Juan Vicens. Juanito, hijo único, tenía mucho dinero. A mí mi madre me mandaba el que yo quería. Vivimos como turcos, según dicen los franceses. Íbamos a algún *bistró*, que tienen todas las botellas puestas en fila, y empezábamos por la primera y acabábamos más allá de la veinte. Entonces tuvimos la idea de poner un cabaret. Vicens tenía dinero, y yo fui a Zaragoza a ver a mi madre, que no quiso de ninguna manera". Manuel Ángeles Ortiz: "En esa época, tanto Vicens como Luis eran señoritos y eran muy enamoradizos. Sí, venían a divertirse. Y es cuando Juan Vicens quería colocar dinero que tenía. El padre de Jeanne Rucar [la futura esposa de Buñuel] era contable, creo, no recuerdo bien, pero parece que fabricaba artículos de goma, y nosotros le gastábamos la broma a Vicens diciéndole que eran preservativos. No recuerdo si era verdad. Pero la cosa es que le decíamos que iba a poner toda su fortuna en una fábrica de preservativos". Otra vez Buñuel: "Por aquel entonces, *La Closerie des Lilas* no era más que un café al que yo iba casi todos los días. Al lado estaba el *Bal Bullier* que frecuentábamos con bastante



Buñuel, Jeanne Rucar, su hermana y Vicens

asiduidad, siempre disfrazados. Una noche yo iba de monja. Era un disfraz excelente, no le faltaba detalle, hasta me puse un poco de carmín en los labios y pestañas postizas. Íbamos por el boulevard Montparnasse con unos amigos, entre ellos, Juan Vicens, vestido de fraile, cuando vemos venir hacia nosotros a dos policías. Yo me pongo a temblar bajo mi blanca toca ya que en España estas bromas se castigan con cinco años de prisión. Pero los dos policías se paran sonrientes y uno me pregunta muy amablemente:

-Buenas noches, hermana, ¿puedo hacer algo por usted?"

Porque, para mayor gloria de la farra, en aquel momento el franco, por alguna devaluación, estaba a un cambio bajísimo. Una botella de champaña, once francos, es decir, una peseta. Además, las parejas se besaban en la calle, algo imposible de ver en España, y podían vivir juntos sin las bendiciones. París era entonces también la capital indiscutible del mundo artístico. Se decía que había cuarenta y cinco mil pintores. Y no pocos, españoles: Picasso, Juan Gris, Cossío, Borés, Manuel Ángeles Ortiz, Joaquín Peinado, Hernando Viñes... En 1924 se publica el primer Manifiesto Surrealista.

Juan Vicens y María Luisa González, un tanto presionados por las respectivas familias, se casan a las tres de la tarde de un día de 1926, en un pueblito

de la Sierra de Gredos: Becedas. Una boda oculta e íntima oficiada por un cura amigo. Más de sesenta años después, María Luisa, preguntada sobre qué es lo que le había llamado la atención en Juan, respondería: "Era que tenía medios para vivir. Los otros amigos no. El tenía un capital y podía vivir divinamente. Yo era bibliotecaria. Pero ya me planteaba la cuestión de si me casaba, si trabajaba o no trabajaba... El quería que no trabajara. Yo no me casé muy enamorada. Todos decían que tenía suerte. El público me hubiera matado si yo le digo que no". Viajan tres meses a Mallorca y, al regreso a Madrid, deciden comprar un molino de harina en Cifuentes, Guadalajara. La historia de lo que pasó se la narró María Luisa a Natacha Seseña: "Pero como teníamos unas ideas avanzadas, bastante socialistas, les subimos a todos los salarios de tal forma que perdimos todo el dinero". A los seis meses vuelven a Madrid.

Juan Vicens era un culo de mal asiento. Especialmente cuando lo que le planteaban era algo donde la cultura y el conocimiento de las gentes estuviera en juego. Inmediatamente se apuntaba. Y surgió a qué apuntarse, y en París.

León Sánchez Cuesta, que había vivido en la Residencia de Estudiantes entre 1917 y 1922 y allí había conocido a Vicens, abrió una librería

en 1924 en Madrid. Experimentado en libros de importación, será el proveedor de la mayoría de los escritores, artistas y profesores universitarios de la época y también suministrador de los libros españoles a universidades, librerías y bibliotecas extranjeras. Por ello es denominado "el librero de la generación del 27". En ese camino del libro extranjero y del libro para extranjeros, abrió a fines de junio de 1927 en París, la Librairie Espagnole, para ofrecer a la colonia hispanoparlante sus servicios y poder acceder directamente a las publicaciones extranjeras demandadas por sus clientes. Instalada la librería, Sánchez Cuesta regresa a Madrid, quedando a su cargo su nuevo socio: Juan Vicens. Allí trabajaría Jeanne Rucar, compañera de Buñuel: "Juanito Vicens era el dueño de la Librería Española de la calle Gay-Lussac. Luis me puso a trabajar ahí como vendedora, mi sueldo eran trescientos francos al mes. Un día, revisando los libros de caja no vi mi salario apuntado:

-Juanito, ¿por qué no aparezco en la nómina?

No me miró al responder:

-Es Luis quien me da tu sueldo, Jeanne.

Del coraje me enfermé del estómago, por supuesto, no me atreví a decirle nada a Luis, simplemente no acepté un centavo más de él."

La librería se convierte en lugar obligado para todos los españoles de paso o residentes en París. Allí

estará Salvador Dalí visitando a Juan y María Luisa, sus amigos madrileños. Y allí irán los amigos de los amigos. Así lo recordaba María Luisa: "Había aquí en Madrid un librero que se llamaba León Sánchez Cuesta, que estaba en la calle Mayor, en un piso. Era el librero de toda la gente universitaria y él se casó con la hermana de la mujer de Salinas, el poeta, y estas dos chicas eran argelinas. León Sánchez Cuesta tenía la librería e íbamos muchas veces a ver las novedades, y a mi marido, que estaba buscando trabajo porque se aburría de no hacer nada, le dijeron la gente de la Residencia: 'Lo que tienes que hacer es asociarte con León. Hacéis una librería y editorial en Madrid, París, Nueva York'. Y mi marido y yo dijimos 'eso es magnífico', y nos fuimos a París. Allí pusimos la librería y tenía, no el nombre nuestro, sino de León Sánchez Cuesta. Tuvimos la librería en la rue Gay-Lussac, muy cerca de La Sorbona, de las editoriales y de todo eso. En nuestra librería han estado Breton, Louis Aragon (éramos muy amigos de él y de su mujer), Paul Eluard, otro amigo que se me ha olvidado... Todos los surrealistas estaban allí y eran amigos nuestros. El surrealismo en aquella época consistió (después ha pasado por Freud y todo eso) en la ruptura de la cosa oficial".

En junio de 1929 Buñuel y Dalí (como coguionista) estrenan en París un puñetazo en forma de película: *Un chien andalou*. Doce meses después, otro puñetazo: *L'age d'or*. El 22 de octubre de 1930 los vizcondes de Noailles organizan un pase privado de *La edad de oro* en el Cinéma du Panthéon, al que invitan a 300 personas: Cocteau, Picasso, Gide, Brancusi, Malraux, Giacometti, Bataille, Duchamp... El gran ausente fue Buñuel, que regresó a París unos días más tarde. Juan Vicens le contó detalladamente lo ocurrido. Muchos de los aristocráticos amigos de los vizcondes se habían sentido tan indignados por la película que se marcharon sin decir una palabra a sus anfitriones y se negaron a asistir a la recepción ofrecida por éstos después de la proyección. Lo peor vendría después, cuando se prohíbe la película, y sólo es distribuida por Gaumont a partir de junio de 1981. Cincuenta y un años después de estrenada.

El pintor Joaquín Peinado hablaría con Max Aub de aquellos años, mucho más tarde: "Vicens ya venía un poco arruinado, había vendido su molino y se metió en la librería, y un hombre tan honrado no podía ser nunca un comerciante floreciente, ¿no crees?"

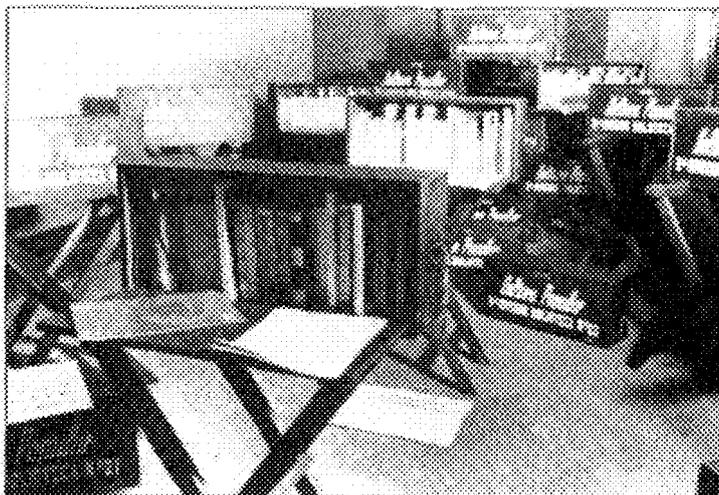
1931, la República

La II República española no fue una creación única sino la última, la decimoquinta, de una serie de

repúblicas instauradas en Europa a partir de 1910. Pero se distinguirá de todas ellas en su aspiración por llevar a cabo un programa más completo de regeneración nacional. Muchos de los fundadores de la República están hondamente influidos por el movimiento intelectual procedente de la Institución Libre de Enseñanza. En un país con una tasa media de analfabetismo superior al 40 por 100, muchos intelectuales se vieron moralmente obligados a comprometerse políticamente. La República va a construir en tres años más escuelas que en los treinta anteriores. Al mes siguiente de proclamada la República se crea un Patronato de Misiones Pedagógicas. Uno de sus trabajos es la creación de bibliotecas y Juan Vicens será uno de sus inspectores.

Por Decreto de 21 de noviembre de 1931 se crea la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para Bibliotecas Públicas, organismo al que, en los Presupuestos Generales del Estado de 1932, se le asigna 600.000 pesetas. Un año antes, en los Presupuestos, figuraba en el capítulo de adquisición de libros para las bibliotecas públicas la cantidad de 35.000 pesetas.

Hasta entonces las bibliotecas eran pocas y, prácticamente, sólo accesibles a un público erudito y especializado. Los bibliotecarios ignoraban la mayor parte de las técnicas biblioteconómicas. La clasificación decimal, algo prácticamente desconocido. Persiste la ordenación de los libros por el nombre alfabético de los autores. La mayor parte de los pocos bibliotecarios existentes ("el cuerpo de bibliotecarios oficiales -dice Vicens- no contaba ni con 300 funcionarios, de los que 50 estaban destinados a la Biblioteca Nacional de Madrid; quedaban menos de 250 para el resto de las bibliotecas españolas") centraban su vocación, cuando la tenían, en los aspectos eruditos y a la inmensa mayoría le aterraba el trabajo en bibliotecas populares. En un ámbito tan tradi-



Lotes de bibliotecas de *Cultura Popular*. La lectura pública en España durante la II República: catálogo. Biblioteca Nacional. 1991

cionalista como el de los bibliotecarios referidos, intentar cambiar las cosas era sacrilegio. Vicens, que ya había conocido el funcionamiento y misión de las bibliotecas suizas y francesas, se puso a estudiar dos aspectos biblioteconómicos esenciales para abrir la biblioteca a la mayor parte de la población: la clasificación por materias y el préstamo de libros (interbibliotecario y a domicilio), con vistas a organizar redes bibliotecarias regionales y nacionales. Para ello analizará las experiencias llevadas a cabo en Estados Unidos, Inglaterra y Unión Soviética, principalmente. Será el tema de su tesis doctoral. Nombrado inspector de las bibliotecas municipales y de las que dependían de Misiones Pedagógicas, fundadas por los primeros gobiernos republicanos, tiene la oportunidad de observar el hambre de conocimientos que tienen los sectores más abandonados de la sociedad española: “Me ha sido dado asistir a escenas extraordinarias. En algunos pueblos muy pobres, situados en la vía del tren a Andalucía, se veían diariamente hombres de aspecto miserable acercarse al tren. Sin duda, ¿para pedir limosna? Pues no. Lo que pedían eran libros y revistas. Y cuando se les daba, iban a sentarse aparte alrededor del que les leía en voz alta”.

En 1933 las elecciones alemanas dan el triunfo y el poder al Partido Nacionalsocialista. El 1 de mayo Juan Vicens y María Luisa González firman, junto a Lorca, Sender, Alberti, César Vallejo, Garfías, Buñuel... el *Manifiesto sobre la Alemania de Hitler: protestamos contra la barbarie fascista que encarcela a los escritores alemanes*. A su vez, las elecciones españolas de noviembre de 1933 constituyen una victoria para las fuerzas de la derecha. Es en esta época cuando Vicens realiza la mayor parte de los viajes de inspección. Posteriormente será cesado de su puesto y destinado a una biblioteca frecuentada únicamente por eruditos. Nada más lejano a los intereses de Vicens. Porque aquel momento fue el más hermoso de la mediocre historia de las bibliotecas populares españolas. Vicens, muy interesado en lo que él denominaba la educación de las masas, había recorrido hasta entonces miles de kilómetros por los pueblos de España como inspector de bibliotecas, hablando con las autoridades municipales, orientando y formando a las personas que se hacían responsables de la biblioteca (un carpintero, una chica del pueblo, la maestra...), llevándose a Madrid la amargura provocada por la carencia de medios, encauzando las peticiones de libros y materiales de distintas organizaciones culturales y sindicales, en fin, la tarea de un hombre deslumbrado por lo que pueden significar las bibliotecas populares. Y esto es lo que dice que vió: “Ante la carencia de bibliotecas oficiales y para satisfacer el interés creciente de las masas, un gran número de bibliotecas y centros culturales se habían crea-

do por organizaciones obreras y diversas asociaciones culturales se fundaban por todos los lados. En Asturias ese movimiento, que databa desde un cierto número de años, había conocido un enorme desarrollo. Casi todos los pueblos poseían un ateneo obrero con una biblioteca, una sala de conferencias, etcétera. Algunos de esos ateneos eran muy conocidos y los más celebres representantes de la inteligencia y la cultura españolas habían hablado en sus tribunas. Tras los trágicos sucesos de 1934, la fuerza pública recibió la orden de quemar sus libros y esta orden fue desgraciadamente ejecutada. En Madrid, un gran número de sindicatos y organizaciones obreras habían fundado bibliotecas. La de la Casa del Pueblo, muy bien montada, funcionaba activamente. El sindicato de ferroviarios del norte poseía una biblioteca de más de 4.000 volúmenes. Dirigida por los propios ferroviarios, su organización era perfecta, mejor que la de las bibliotecas del Estado. Gracias a experiencias sin cesar renovadas con el contacto de la realidad, los improvisados bibliotecarios habían adquirido la técnica más moderna. Los libros estaban clasificados por materias y cinco volúmenes a la vez podían ser prestados para plazos que iban de ocho días a diversos meses. Igualmente habían comenzado a prestar lotes de libros a bibliotecas fundadas por grupos de ferroviarios en las localidades vecinas.

Un cierto número de sociedades se han constituido en torno a una biblioteca. De tal manera, desde que una biblioteca se organizaba, toda una serie de asociaciones, sociedades deportivas, etcétera. iban allí a buscar refugio y la biblioteca se convertía en el centro de sus actividades. En ocasiones, esas sociedades estaban controladas por un partido: socialista, comunista, anarquista. Sin embargo, el trabajo estaba organizado de una manera muy abierta y cada cual podía adherirse sin distinción de tendencia. Porque se había comprendido que el trabajo cultural debía estar situado por encima de toda discusión política y, progresivamente, las organizaciones más abiertas adquirieron preponderancia.

Hacia el mes de agosto de 1934 todas esas bibliotecas fueron cerradas por la policía. Bajo el menor pretexto, por el retraso en el pago del alquiler, por ejemplo, los libros y los muebles eran embargados. Así, la mayor parte fueron suprimidas. Sin embargo, hubo algunas que fueron previsoras. Pienso en concreto en una de ellas cuyos dirigentes habían puesto a salvo un cierto número de volúmenes. Los socios se encontraban cada día en la calle y si uno de ellos deseaba un libro se le llevaba al día siguiente. Un servicio ilegal de libros se organizó igualmente destinado a los camaradas encarcelados y se podría escribir todo un volumen sobre las astucias empleadas para hacérselos llegar.

Poco tiempo antes de las elecciones de 1936 se autorizó la reapertura de esas bibliotecas y su éxito fue más grande que nunca. Los asociados se cifraban en miles. Los locales se quedaban demasiado estrechos para los lectores que debían quedarse de pie por falta de espacio y hay que confesar que era necesario rivalizar en flexibilidad para alcanzar las estanterías.”

En mayo de 1935, José Ortega y Gasset, profesor de Metafísica de la Universidad de Madrid, pronuncia *Misión del bibliotecario*, discurso de inauguración del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía. Vicens participa con la comunicación *La formación profesional de los bibliotecarios para bibliotecas populares en España*. También como ponente, según leemos en las actas, en la sección Bibliotecas y Bibliografías españolas: “Las dos subsecciones que componen esta Sección, consagradas al estudio de los problemas de la Bibliografía española, ya en España, ya en el extranjero, han acordado recoger las iniciativas presentadas por el señor Delegado de Puerto Rico, por el Prof. Ezio Levi, de Roma, y por el Sr. Vicens, a fin de reunir y organizar con la máxima rapidez la *Bibliografía total de lengua española*, tanto retrospectiva como actual, y la *formación de catálogos colectivos* de los fondos españoles de las bibliotecas de los diversos países”.

Juan Vicens, que ha ingresado en 1935 en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y María Luisa González, son miembros del Seminario de Biblioteconomía de la Universidad de Madrid, junto con, entre otros muchos, Enrique Lafuente, Javier Lasso de la Vega, Juana Quílez, Antonio Rodríguez Moñino y Homero Serís. A fines de año publica en un periódico de Madrid una serie de artículos (“evitaba en esos artículos toda tendencia política, con el fin de mejor servir a la causa de la cultura popular”) para dar a conocer los esfuerzos realizados por los primeros gobiernos de la República en la organización de bibliotecas. El desconocimiento de ese esfuerzo era bastante generalizado. Con posterioridad se reproducirán (en español) en la revista francesa *Archives et bibliothèques* y en las primeras páginas del libro *L'Espagne vivante*.

A principios de 1936 un grupo de personas se reúne para analizar el esfuerzo de tantos grupos de carácter cultural y crear un organismo que coordine el trabajo de todos. No se opta por crear una federación de grupos, sino por crear en cada sector de trabajo un centro técnico que esté al servicio de todas las organizaciones adheridas. Es el momento de la victoria electoral del Frente Popular y el nacimiento de este frente común técnico, deportivo y cultural, que tomará el nombre de *Cultura Popular*, y al que para siempre se asociarán los nombres de dos bibliotecarios: Teresa Andrés y Juan Vicens. Elaborado ya

el plan de trabajo, sus organizadores se ocupan de elaborar un programa completo y minucioso para lanzarlo a comienzos del año escolar, en octubre de 1936.

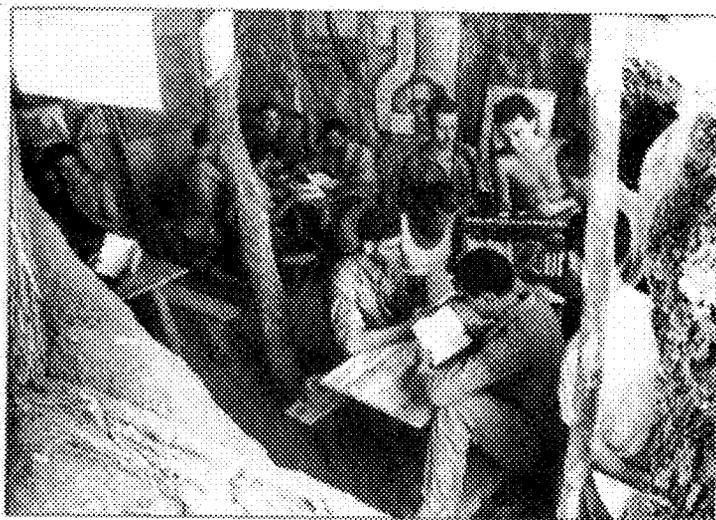
Tras diversos dimes y diretes con miembros del jurado que le tenían que calificar y que consideraban que el tema del préstamo bibliotecario y el establecimiento de redes bibliotecarias era un tema demasiado vulgar y poco elevado espiritualmente para una tesis doctoral (“¡Ah, si yo hubiera estudiado las bibliotecas del siglo XV, pero las bibliotecas modernas...! No, ¡eso era inadmisible!”), Vicens presenta su tesis en junio de 1936. Un mes más tarde la conspiración fascista de los militares rebeldes a la República le ponía en la tesitura de aplicar las teorías y reglas que había expuesto en su tesis.

La guerra

Se inicia la guerra y lo hace con el fusilamiento de Federico García Lorca, el gran amigo de Juan y María Luisa, tan cercano a sus ideales, que en 1931 había señalado a sus vecinos: “Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social”.

Tiempos de ruido, de noticias que no acaban de llegar, de rumores, de toma de posiciones. El historiador de cine Georges Sadoul, tiempo después, todavía seguirá escribiendo que “hoy, *Terre sans pain* [la tercera película de Buñuel, sobre la región extremeña de Las Hurdes] explica y anuncia la guerra civil durante la cual los falangistas fusilaron a García Lorca, amigo de Vicens y de Buñuel, mientras que Dalí pintaba en Nueva York el retrato del embajador franquista”.





Biblioteca del combatiente. La lectura pública en España durante la II República: catálogo. Biblioteca Nacional. 1991

Que los sublevados no tenían ni tuvieron después una elevada idea de las bibliotecas parece claro. Tampoco de los bibliotecarios, según se desprende de una orden del día del general Moscardó, durante la batalla de Guadalajara, referente al que sería el insigne bibliógrafo, don José Ignacio Mantecón, comisario de la 72 brigada mixta del ejército republicano y gran amigo de Pepín Bello, Buñuel, Vicens...: "Idea del enemigo, bastará decir que el enemigo está mandado por un doctor en derecho y miembro del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos".

Ante las circunstancias del momento, *Cultura*



Bardasano. Cultura en las trincheras. La lectura pública en España durante la II República: catálogo. Biblioteca Nacional. 1991

Popular ha de modificar su plan estratégico. Consiguen un local y con el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública y de la Cámara Oficial del libro, además de la prensa y de la radio, recaudan miles de libros en donación que se distribuyen en tres grandes grupos: los libros sin interés, pornográficos o fascistas, que se destinan a obtener pasta de papel, los que van a la biblioteca central (una colección de unos 15.000 libros) y, la mayoría, que se dirigen a las bibliotecas circulantes. Equipos de especialistas inspeccionaban regularmente las bibliotecas de hospitales, cuarteles, guarderías de niños... orientando a los bibliotecarios voluntarios. En menos de dos meses constituyó 400 bibliotecas. En año y medio de guerra había formado más de 800 sólo en la región de Madrid. Una biblioteca central abierta en Valencia contaba con una actividad semejante. También *Cultura Popular* puso su buen mecanismo de distribución de libros a disposición del Estado Mayor para formar y enviar más de 200 bibliotecas destinadas a cubrir las lagunas de formación militar a tanto oficial improvisado en los primeros meses de guerra. Otro logro fue distribuir diariamente más de 30.000 periódicos por hospitales y cuarteles. O, requisando dos camiones de empresas editoras, y transformados en bibliotecas móviles, organizar giras regulares al frente: "en el curso de un viaje de tres o cuatro días -escribiría Vicens-, 50.000 revistas y folletos eran, como media, distribuidos y un gran número de mítines y conferencias se realizaban con el apoyo del cine y la radio. ¡Qué alegría para los campesinos y milicianos acoger esos vehículos que habían debido a menudo soportar la metralla del enemigo!"

Un decreto de 16 de febrero de 1937 crea el Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico, la disposición más importante en el ámbito bibliotecario de los gobiernos republicanos durante la guerra. El objetivo era transformar a esos organismos, "enterrados bajo el polvo de una inercia secular y tan sólo inteligibles para una exigua minoría de especialistas y eruditos, en instrumentos vivos de cultura, cuya eficiencia orgánica alcance a cumplir con la elevada función social que les está encomendada, a tono con las necesidades imperiosas de la cultura española, y de dotar al pueblo de los elementos necesarios para elevar su nivel cultural, cobrando conciencia exacta de la significación de su pasado y de las perspectivas inmensas de su porvenir". Como presidente de la Sección de Bibliotecas (y secretario de la Subsección de Bibliotecas Históricas) fue nombrado Tomás Navarro Tomás. Los secretarios de las otras subsecciones fueron Benito Sánchez Alonso (Bibliotecas Científicas), Juan Vicens (Bibliotecas Generales), María Moliner (Bibliotecas Escolares) y Teresa Andrés (Extensión Bibliotecaria). En el año

que va entre marzo de 1937 y abril de 1938 la Sección de Bibliotecas, con un presupuesto de guerra, no lo olvidemos, compró libros por 6.947.000 pesetas y distribuyó 283 bibliotecas (escolares, rurales, municipales...). Quince años después, 1952, los vencedores de la guerra dispusieron en los Presupuestos Generales del Estado la cantidad de 3.950.000 pesetas para adquirir libros. No pudo Vicens desarrollar mucho trabajo en este ámbito, pues por esas fechas fue nombrado delegado de propaganda del Gobierno de la República en la Embajada de España en Francia. Otra historia.

Lo que había sido la Oficina española de Turismo en París se va a transformar, estallada la guerra, en la sede de la Delegación de Propaganda. Vicens va a ser su director. Además de dar sede a distintas organizaciones, como la Alianza Juvenil Antifascista (AJA), el objetivo era informar y sensibilizar al pueblo francés de la lucha contra el fascismo y, más concretamente, presionar a los sindicatos, partidos políticos y personas relevantes en la vida francesa para que el gobierno terminara con la política de no-intervención. Los medios económicos eran escasos, pero se disponía de catorce metros de escaparate en el centro de París, Boulevard de la Madeleine: "Poníamos publicaciones del frente —cuenta Joaquín Peinado a Max Aub— y la gente se agolpaba (...) Estaba a diario todo aquello lleno de fotografías, que las hacíamos de tipo industrial, muy grandes (...) Empezamos con medios muy modestos y con la ayuda de esos amigos [Aragon, Tristan Tzara, César Vallejo...] que te he citado (...) Tzara se ponía entre la gente que se agolpaba allí para ver el comunicado y leerlo. Y esto era todas las tardes (...) La circulación del boulevard se entorpecía por la parte de nuestra acera". Otro es el matiz que introduce Guillermina Medrano, representante de las Juventudes Republicanas en la AJA en París: "En la parte baja estaban unos mostradores en los que se atendía a quienes entraban pidiendo información, material relativo a la guerra, etcétera. En los grandes escaparates que daban a la avenida había, a mi llegada, una gran fotografía de la Pasionaria y otras de generales y héroes de nuestra guerra. Casi toda la propaganda, muy pronto pude constatar, mostraba personajes miembros del Partido Comunista o simpatizantes de sus consignas".

En febrero de 1938, Vicens publica *L'Espagne vivante*, con el objeto de dar a conocer al lector francés el impulso dado a las bibliotecas populares en la España republicana. En la publicidad que se hace del libro en las revistas de la época se lee: "El autor trata un aspecto demasiado poco conocido del conflicto español: que luchando por su vida, por su libertad, el pueblo español lucha por conquistar el derecho a instruirse. Este libro demuestra que nada es más justo

que la divisa de *Cultura Popular*: el fusil de hoy es la garantía de la cultura de mañana".

Existen también testimonios de otras actividades que, al parecer, desarrolló en ese tiempo en París. Lo dice Max Aub: "Luis [Buñuel] trabajó durante la guerra en el servicio de contraespionaje de la República, con Sánchez Ventura y con Vicens".

El exilio

Finalizada la guerra los vencedores inician los grandes fuegos. Leemos en el diario *YA*, de Madrid, del 2 de mayo de 1939, bajo el título *Auto de fe en la Universidad Central*: "Los enemigos de España fueron condenados al fuego. Con motivo de la fiesta del libro se celebró un auto de fe en el patio de la Universidad Central, pronunciando el catedrático Antonio Luna las siguientes palabras: 'para edificar a España una, grande y libre, condenamos al fuego los libros separatistas, los liberales, los marxistas, los de la leyenda negra, los anticatólicos, los del romanticismo enfermizo y extravagante, los cursis, los cobardes, los seudocientíficos, los textos malos y los periódicos chabacanos. E incluimos en nuestro índice a Sabino Arana, J.J. Rousseau, Carlos Marx, Voltaire, Lamartine, Máximo Gorki, Remarque, Freud y *Heraldo de Madrid*'".

En 1940, escapando de los alemanes que invaden Francia, Vicens llega a México. María Luisa González y los dos hijos de la pareja marchan a Moscú ("No me gustaba México, no se por qué. Preferí ir a Moscú. Pensábamos que era para un año y fíjate"). Una separación que se prolongará durante catorce años. Entre 1940 y 1944 trabajará como bibliotecario de las Bibliotecas Populares del Departamento del Distrito Federal. También, entre 1942 y 1944, como bibliotecario en un centro de documentación de la Secretaría de la Economía Nacional. Publica dos libros: *Manual del Catálogo-Diccionario* y *Cómo organizar bibliotecas* en la editorial Atlante, en 1942 y 1946. Del segundo habrá una reedición en 1962 por la editorial Grijalbo.

Una vez inaugurada la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas en 1945, trabajan como profesores algunos refugiados españoles con experiencias en bibliotecas, como José Ignacio Mantecón, Agustín Millares Carlo, Juan Vicens, Adela Ramón y Concepción Muedra Benedito, impartiendo diferentes materias a por lo menos dos de las primeras generaciones de bibliotecarios en México.

Desde el mismo momento de su llegada a México, Vicens comienza a publicar artículos de tema bibliotecario que poco a poco irán dando paso a otros de carácter político. En 1943 nace la revista *Aragón*, de la que será editor, que, dadas las disputas políticas

entre los exiliados, dejará de publicarse en marzo de 1945. En julio de 1949 se publica el primer número de *Nuestro Tiempo*, revista española de cultura, de marcada tendencia comunista, que durante años dirigirá Vicens. En este número se publican, entre otros, los siguientes artículos: "La paz, la cultura y el pueblo" (Dimitri Shostakovich), "La lucha por la paz y la liberación de España" (Wenceslao Roces), "El intelectual en la encrucijada" (Georg Lukacs), "Abstracción y realismo" (José Renau), "Humanismo contra guerra" (Alexander Fadeev) y "Dos tiempos de llanto: al morir el poeta Miguel Hernández" (Juan Rejano).

A mediados de los cincuenta, amigos de Juan se ponen en contacto con María Luisa para avisarle de que está enfermo ("Tenía senilidad precoz y me llamaron sus amigos (...) Todos mis amigos me decían: ¿cómo lo mandas venir si después de casi quince años sin veros tú eres otra persona y él otro? Pero estaba muy enfermo, qué iba a hacer. Sí, éramos otros, y eso ya no funciona"). Viaja a Moscú, donde le recibe María Luisa, y al poco tiempo salen en misión para la recién nacida China Popular. Así lo contó Dolores Ibarruri: "En 1956 regresó [a Bucarest] Irene Falcón de China y se reincorporó al trabajo con nosotros. Irene había sido enviada a China, con su hermana Enriqueta y con un grupo de españoles, entre ellos Jacinto Barrios, Luis Lacasa y Soledad Sancha, María Luisa González y Juan Vicens, Manolo Alberdi y Margarita, Rancaño y Delfina Azcárate. Su misión era colaborar en la China Popular en el montaje y funcionamiento de las emisoras de Radio Pekín para España y América Latina, así como trabajar en editoriales y en la enseñanza del español en instituciones pedagógicas".

En 1958, tras dos infartos, muere Juan Vicens en Pekín.

El exilio para María Luisa duró casi cuarenta años. Los dos primeros años en la URSS trabajó con los adolescentes españoles que habían sido allí evacuados. Posteriormente en el Instituto de Relaciones Exteriores enseñando español, para después pasar a la universidad donde crearía la primera Cátedra de Literatura Española en Moscú y se convertiría, por sus métodos pedagógicos, por su vitalidad, en una leyenda todavía hoy recordada.

Su hijo Manuel, ingeniero en la industria militar de Siberia, llegó a coronel del ejército soviético (actualmente tiene pensión de general "por el plus de peligrosidad y frío"). El 2 de marzo de 1999 participó, con su hija Elena, Blanca Calvo, Natacha Seseña, Pepín Bello y una profesora de la Universidad de Moscú, en el homenaje que la Residencia de Estudiantes ofreció a sus padres. Fue también el momen-

to de entregar a su centro de documentación los archivos privados de María Luisa y Juan.

María Luisa regresó en 1977 a España. Entonces es cuando la conoce Natacha Seseña: "Nos deslumbraba con su inteligencia, su cultura, su modestia, porque era sumamente modesta, no presumía de a quien había conocido, y había conocido a lo mejor. (...) Era un ser virginal, estaba libre". Fallece el 2 de noviembre de 1998. ☑

Bibliografía

- ARMENDARIZ, S.; ORDOÑEZ, M.M.: "La aportación de los refugiados españoles a la Bibliotecología Mexicana: notas para su estudio", *Proyecto Clio*, n. 8 (<http://clio.rediris.es/clionet/articulos/exiliados.htm>)
- AUB, M.: *Conversaciones con Luis Buñuel*. Madrid: Aguilar, 1984.
- BARBACHANO, C.: *Buñuel*. Barcelona: Salvat, 1986.
- BUÑUEL, L.: *Mi último suspiro*. Barcelona: Plaza & Janés, 1982.
- CODERA, F.: "Bibliotecas en España", *Revista de Aragón*, n. 14, julio-septiembre 1903. (Publicado en *Boletín de la Anaba*, enero-junio 1976, pp. 61-68).
- DAVID, Y. (ed.): *¡Buñuel!: la mirada del siglo*. Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes de México, 1996.
- Entrevista con María Luisa González*. (Grabación del proyecto de Fondos Orales de la Residencia de Estudiantes).
- ESCOLAR, H.: "Política educativa y bibliotecaria de la República durante la guerra civil", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, n. 2, abril-junio 1979, pp. 261-288.
- FEDERACION INTERNACIONAL DE ASOCIACIONES DE BIBLIOTECARIOS: *Actas y trabajos del II Congreso Internacional de Bibliotecas y Bibliografía*. Madrid-Barcelona, 20-30 de mayo de 1935. Madrid, 1949.
- FONSECA RUIZ, I.: "La lectura pública en España: pasado, presente y deseable futuro", *Boletín de la Anaba*, abril-junio 1977, pp. 3-81.
- GIBSON, I.: *La vida desajorada de Salvador Dalí*. Barcelona: Anagrama, 1998.
- Homenaje a María Luisa González y Juan Vicens de la Llave*. Residencia de Estudiantes. Madrid, 2 de marzo de 1999. (Grabación depositada en el Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes que recoge las intervenciones de José Bello, Blanca Calvo, Natacha Seseña, Elena y Manuel Vicens González).
- IBARRURI, D.: *Memorias de Pasionaria, 1939-1977: me faltaba España*. Barcelona: Planeta, 1984.
- LEON-PORTILLA, A.H. de: *España desde México: vida y testimonios de transierrados*. México: UNAM, 1978.
- "Locución de Federico García Lorca al pueblo de Fuente Vaqueros (Granada), septiembre de 1931", *Educación y Biblioteca*, n. 77, marzo 1997.
- MALEFAKIS, E.: "Peculiaridad de la República española", *Revista de Occidente*, n. 7-8, noviembre 1981, pp. 17-37.
- MEDRANO, G.: "Rescatando el pasado [entrevista con Guillermina Medrano]", en: *Nuevas Raíces: testimonios de mujeres españolas en el exilio*. México: Joaquín Mortiz, 1993.
- M[ORA], M.: "El bibliotecario del 27 y la pionera riauña", *El País*, 6 de abril de 1999, p. 48.
- MORENO VILLA, J.: *Vida en claro: autobiografía*. México: El Colegio de México, 1944.
- RUCAR DE BUÑUEL, J.; MARTIN DEL CAMPO, M.: *Memorias de una mujer sin piano*. 2 cd. México: Alianza Editorial Mexicana, 1991.
- SADOUL, G.: *Historia del cine mundial: desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Siglo XXI, 1972.
- SANCHEZ VIDAL, A.: *Buñuel, Lorca, Dalí: el enigma sin fin*. Barcelona: Planeta, 1988.
- SORIA OLMEDO, A. (ed.): *Treinta entrevistas a Federico García Lorca*. Madrid: Aguilar, 1989.
- VALVERDE, A.: "Archivo y Biblioteca de León Sánchez Cuesta", *Residencia*, n. 5, 1998.
- VICENS, J.: *L'Espagne vivante: le peuple à la conquête de la culture*. Paris: Editions Sociales Internationales, 1938.
- VICENS, J.: "Unamuno y el franquismo", *Aragón*, n. 5, 1944.

Ramón Salaberria